

apretándose fuertemente contra la pared; tomando entonces Simon con una mano el instrumento del suplicio y asiendo con la otra por los cabellos al joven rey, le forzó á besar con sus labios inocentes aquella espantosa imágen.

¿Se creerá lo que vamos á decir? pues bien; todavía no pareció este monstruo bastante cruel y feroz á los tiranos que esclavizaban á la Francia: los que habian inmolado al padre, á la madre, á los parientes y amigos del infortunado Luis, retrocedian á la idea de la muerte jurídica de un niño á quien no se podia hacer ni un interrogatorio; y por otra parte, ¿cómo podia llevarse tampoco á este débil ser al cadalso? hubiera sido necesario que alguno le tomase en sus brazos para colocar la joven cabeza bajo la cuchilla fatal, y entonces, quizá un sentimiento de horror y de indignacion hubiese salvado al heredero de tantos reyes! así á lo menos le temieron aquellos bárbaros republicanos.

Un miserable, llamado Chabot, no habia dicho en una ocasion públicamente, que la muerte de Luis XVI debia ser un negocio que se tratase con algun mercader de drogas y de venenos? El zapatero Simon, contenido algun tanto por su muger, menos cruel que él, no se habia atrevido sin embargo á envenenar el alimento del real prisionero; pero habiéndose reemplazado á Simon, no hubo ya desde entonces una hora sola de sueño para el pobre mártir. Al momento que se cerraban sus agobiados párpados, un guardian de su vigilia le tiraba brutalmente por el brazo gritándole: “Capeto, qué es eso? ¿te duermes?” Cada dia se esperaba que no pudiera ya responder, y en efecto, el 20 de Junio de 1795, no respondió mas á aquel horrible llamamiento.

¡El niño mártir está en el cielo como un ángel en medio de los ángeles!!!

LONGCHAMP.

SAN Luis hizo donacion á su hermana Isabel de Francia, de una suma poco mas ó menos de 400.000 francos de nuestra moneda. La princesa que deseaba erigir un monasterio, hizo para el efecto la adquisicion de un campo, mas bien largo que ancho, llamado *Longchamp*, que se extendia sobre la ribera derecha del Sena. La abadía, pues, de Longchamp fué fundada en este sitio en 1220, bajo la denominacion de la *Humildad de Nuestra Señora*.

Cuando aun era joven el rey Luis XV, María Leckzinska, su esposa,

determinó ir á pasar á la abadía algunos dias de la Semana Santa en piadosos ejercicios. Asistiendo el rey el viernes santo á las tinieblas, se cantaron las lamentaciones de Jeremías por las religiosas, cuyas voces eran tan hermosas y tan puras, que el monarca se sintió vivamente conmovido de oirlas. En el año siguiente volvió á asistir al oficio, acompañado de la reina y de toda la corte. Las voces mas escogidas entonaron las *lecciones*, y cada uno de los asistentes ponderaba la belleza de estos cánticos sagrados, á lo que el rey les decia despues: “¿No os lo habia yo dicho que no podia darse cosa mas admirable?” La corte, en fin, estableció la costumbre de ir todos los años el miércoles, jueves y viernes santos, á oír cantar los oficios por las religiosas de Longchamp, y la ciudad de Paris tomó parte en esta costumbre. Una multitud compuesta de todas las clases, se veia en esos dias invadir el camino de Longchamp.

La revolucion de 93 lo hizo desaparecer todo, pero cuando volvió á aparecer la calma en Francia, se volvió á emprender el paseo á Longchamp. Mas ¡ah! la abadía que habia servido de objeto á este placer, habia sido arrancada desde sus cimientos por la tormenta revolucionaria!

Si hoy vais alguna vez á Longchamp, vereis allí una aldea, ó mas bien un cortijo: entrad; y si el sol de Abril os hace desear algun refresco, hallareis una taza de buena leche; por lo demas, podreis ver algunas ruinas y muchas piedras esparcidas: hé ahí todo lo que queda de la *abadía real de Longchamp*.

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

DESPUES de la muerte del Salvador, quedó su Cruz abandonada sobre la cima del Calvario. Unos hombres poderosos llamados los romanos, se hicieron dueños de todo el pais de Judea, y despues de una horrible matanza en sus naturales, pusieron fuego al templo de Jerusalem y destruyeron de tal modo la ciudad, que se formó una plaza en donde antes se elevaban las murallas y fortificaciones. Hé aquí, mis queridos niños, cumplida en todas sus partes la tremenda profecía sobre el destino de aquel pueblo que despues de haber colmado de ultrages al Hijo de Dios, lo habia crucificado inicuaamente.

Los romanos eran idólatras, pues que adoraban estatuas de oro, plata, ú otra materia, construidas por ellos mismos; y como no creian en Jesu-

cristo, construyeron un templo á sus falsas divinidades en el mismo sitio en que el Unigénito, sacrificado por la salud del mundo, habia exhalado el último suspiro en un suplicio afrentoso.

Pero pasaron tres siglos, y al cabo de ellos un emperador romano llamado Constantino, se convirtió al Cristianismo. La madre de este príncipe era una piadosa matrona llamada Elena, cuyo corazón enteramente consagrado á la religion verdadera, se conmovió profundamente al ver la montaña sagrada del Gólgota profanada por los ídolos del paganismo. Manda al punto destruirlos la virtuosa emperatriz; y haciendo despues cavar la tierra en su presencia, descubrió las tres cruces, del Salvador, y de los dos ladrones compañeros de su suplicio. Eran tan perfectamente semejantes, que hubiera sido imposible reconocer la de Jesucristo, á no haberse obrado el milagro que voy á referiros.

Habia en aquellos contornos una muger que estaba casi moribunda á consecuencia de una larga y cruel enfermedad. Pues bien, se trasportaron las tres cruces á la casa de la enferma haciéndose que las tocase sucesivamente, y al llegar á la tercera se operó un cambio repentino en su situacion. Abundantes lágrimas corrieron de los ojos de aquella muger que, postrándose ante la Cruz, tributó á Dios las mas humildes gracias por el bien de la salud que acababa de concederle.

Ya entonces no pudo dudarse de cuál era la verdadera cruz de Cristo Nuestro Señor, y trasportada de gozo y reconocimiento, la piadosa Elena hizo que se edificase una magnífica iglesia sobre el monte Calvario, y en ella depositó el Madero Sagrado de nuestra redencion; pero algun tiempo despues envió una parte de él á Constantinopla y la principal á Roma, á donde se erigió espresamente una segunda iglesia con el título de la *Santa Cruz de Jerusalem*.

Desde entonces empezó una série de triunfos para la religion cristiana. El Emperador, penetrado de veneracion por la Cruz que habia sido hasta entonces un instrumento cruel é infamante de suplicio, previno por un edicto publicado en toda la estension del imperio romano, que no volviera á emplearse en los criminales. La Iglesia quiso á su vez conmemorar este dichoso acontecimiento, estableciendo una festividad anual á que se llamó *la invencion* de la Santa Cruz, es decir, la invencion de su *descubrimiento*. Tal es, mis amados niños, el origen de la fiesta religiosa que celebramos este dia.

EDUARDO I, REY DE INGLATERRA.

(SIGLO DECIMOTERCIO.)

EL estudio de la historia, hijos míos, es á veces ya árido ó ya agradable: os ocupais de un suceso ó de un rasgo del momento que ofrece un interés dramático ó romanesco, espanciándoos con gusto en el campo de las reflexiones, mientras que no podeis retener sino con mucha dificultad los nombres de las épocas ó las fechas históricas que os pregunta vuestro maestro.

Hay otro medio de conocer la historia que, una vez ensayado y comprendido, le hallareis un gusto nuevo y enteramente peculiar. Entonces os admirareis de descubrir en una sola página, mas interés que el que hubiérais encontrado poco antes en la parte respectiva á un reinado entero.

Este medio es tan sencillo cuando se sabe aprender, como de provechosos resultados para el entendimiento, haciendo de él una aplicacion discreta.

La historia es el mundo, es la vida humana, es todo lo que puede comprender la ciencia. La historia puede suministrar por sí misma cuanto sea preciso al pensamiento, á la inteligencia y al corazón. No es solamente científica; forma ademas el juicio, fortifica la fé religiosa y llena todas las facultades del espíritu.

Entonces comprendereis muy bien cómo en razon de los progresos de las épocas, cada ciencia, cada nuevo descubrimiento venia á ofrecerse oportunamente para proveer á una necesidad existente, ya por la aplicacion útil que de él se hacia luego, ó por el esclarecimiento de alguna idea importante, ó en fin, por los resultados que daba en auxilio y provecho de la sociedad. Siguiendo así poco á poco los designios de la Providencia, los ireis, si puede decirse, tocando con el dedo, grabándolos en vuestra mente, y remontándoos en vuestra imaginacion á los siglos pasados con interés y complacencia. Tendreis de este modo, como en la mano, los hilos todos que hacen mover á la humanidad, y midiéndolos entre sí, reconocereis las causas de los progresos ó retardos, de las prosperidades ó desdichas que se han efectuado en la vida de los pueblos.

Os diré mas, hijos míos: la historiano es solamente una ciencia, es también un grande espectáculo en el que el drama se sucede incesantemente lleno de interés y verdad; ofreciéndose muy á menudo ocasion de reasu-

mir en un solo asunto, ó en la consumacion de un grande hecho, el espíritu de toda una época: y esto á la vez que halaga y entretiene la imaginacion, ilustra asimismo noblemente el espíritu. Tales son los efectos que produce el estudio filosófico de la historia.

I.

Hay una, en la que mas que las otras historias abundan los incidentes dramáticos. Esta es la historia de Inglaterra: sus primeras épocas están sembradas de guerras intestinas, de invasiones de bárbaros y de extranjeras dominaciones; lo cual ha hecho que los acontecimientos se sucedan con tal rapidez como en ningun otro país, ofreciéndose caracteres mas notables que en los de las otras monarquías. Egeberto, Alfredo, Canuto, Enrique, Ricardo, Eduardo, Elfrida, Matilde, Rosamunda &c., ofrecen un interes extraordinario, por su carácter y por las acciones de su vida (1).

Eduardo, el primero de este nombre en la raza de los Plantagenets, estaba dotado de una fuerza prodigiosa. Su actividad infatigable, su valor temerario participaban en mucho de las costumbres bárbaras, al paso que su inteligencia, la elevacion de sus pensamientos y la superioridad de su carácter anunciaban una alma bella y una organizacion privilegiada: y la generosidad, la delicadeza, la lealtad de su honor, lo distinguian entre todos como el mejor caballero, como el principal ornato de su siglo.

En la época en que comienza el pasage de su vida que voy á contaros, Eduardo no era todavía mas que príncipe, hijo mayor de Enrique III, á quien debia suceder en el trono. El acaba de entregar, sometido á su padre, el reino de Inglaterra que habia invadido Leicester. Este primer ministro, cuñado del rey, se habia formado un partido considerable de algunos nobles y de otros descontentos, y ocultando la ambicion que lo devoraba bajo el pretexto de procurar el interés público, supo apoderarse hábilmente de la administracion del reino, combatiendo despues contra su rey y hermano, á quien habia logrado hacer prisionero.

La intrepidez, la audacia y el valor de Eduardo, rompieron las cade-

(1) No me parece muy exacta esta opinion: olvidóse sin duda el autor al escribirla de los sucesos verdaderamente extraordinarios que ofrecen entre otras la historia de España desde los primeros siglos; pero muy especialmente en la invasion sarracena: nada es comparable con los hechos asombrosos á que diera lugar la guerra larga y continuada de los dos pueblos, en medio de las disensiones y los bandos que agitaron los diversos reinos en que estaba dividido aquel suelo. ¿Ni en qué historia pueden hallarse episodios de mas interes romanescos ó dramáticos que las que ofrecen los anales de los reyes moros de Andalucía y los de las cortes de Aragon y de Castilla? ¿ni qué caracteres pueden igualarse en nobleza y grandiosidad á los del Cid, Alfonso XI, Hernandez de Córdoba, San Fernando y otros muchos. . . .?—N. del T.

nas de Enrique. Una sangrienta batalla que duró nueve horas, puso fin á su cautiverio. Pero siendo tan buen hijo como valiente caballero, no se contentó Eduardo solamente con volver á su padre la corona, quiso además restablecer la paz en el reino, sometiendo á todos los que se habian atrevido á desobedecer la autoridad real.

Pacificada ya la Inglaterra por sus cuidados y esfuerzos, Eduardo sintió despertarse en su corazon el espíritu de la caballería, ese deseo de la gloria que habia sido, puede decirse, el alma de todas sus acciones. Tambien obraba acaso en su determinacion un principio de noble delicadeza, pues debió presentir que permaneciendo en la corte del rey su padre, se estableciese una comparacion desfavorable al anciano monarca, hombre, es verdad, de virtudes privadas, pero muy inferior á su hijo en talento y energía de ánimo.

Las cruzadas eran por aquel tiempo el objeto preferente de ambicion para todos los guerreros. Considerábase la Palestina como un vasto panteon siempre abierto, y á donde acudian como á un lugar de cita todos los mas esforzados caballeros y los príncipes mas valerosos de la cristiandad.

Deseando Eduardo ir á buscar en aquel célebre campo nuevos laureles á su gloria, se embarcó para la Tierra-Santa, seguido de un numeroso ejército, con el fin de unirse al del rey de Francia, que habia situado sus reales delante de la ciudad de Túnez.

Pero Luis IX acababa de morir: Dios le habia llamado á sí, acaso en el instante mismo en que inspiró á Eduardo el pensamiento de marchar con su ejército á Palestina.

II.

Habéis leído ya en la historia de Francia la muerte edificante de Luis IX: habéis visto á este santo rey en sus últimos momentos, estrechando la sagrada cruz entre sus manos, pedir al cielo el valor y la resignacion de que tanto su espíritu necesitaba. Su posicion era terrible; además de los sufrimientos de una larga enfermedad, le atormentaban las consideraciones mas tristes: dejaba á su ejército diezmado por la fatiga y la influencia del clima, sin gefe, en una tierra extranjera, devorado por la peste de que él mismo era víctima. El sepulcro de Cristo caeria otra vez en manos de los infieles, y seria profanado con nuevos sacrilegios: era, pues, necesario abandonar la empresa santa que le habia hecho atravesar los mares, y lejos de su familia y de su reino, iba á morir sin haber podido

alcanzar el triunfo de la causa, por la cual habia hecho tan grandes sacrificios. Tal conjunto de calamidades no podian menos de agobiar su espíritu como hombre y como rey; pero habia colocado su confianza en Dios, y Dios no podia abandonarle.

Al momento de morir Luis IX, se descubrió en el horizonte una flota compuesta de muchos bajeles: era Eduardo que llegaba muy á tiempo para servir de gefe al ejército. ¿Y qué gefe mas digno podia encontrarse en aquella ocasion para suceder al santo rey, que un príncipe á la vez guerrero famoso, noble hijo, tierno esposo, y gran capitán.

Sí, tierno esposo, hijos míos; Eduardo reunia esta cualidad á las demas que lo adornaban. Leonor de Castilla, con quien se habia enlazado, le amaba con una ternura infinita, como ama la muger al hombre de cuya posesion puede considerarse envanecida y dichosa.

Cuando supo la resolucion de ir á Oriente que habia formado su esposo, se arrojó á sus piés suplicándole con ardorosa instancia le permitiese acompañarlo; consentía en separarse de sus hijos á quienes tanto amaba, para no esponerlos á los peligros del viage, proponiendo para mayor seguridad, dejarlos en Inglaterra bajo el cuidado y proteccion de su abuelo el rey Enrique III. No pudiendo menos de conmovér á Eduardo tan amorosa súplica, vino en acceder á ella, y la princesa Leonor siguió como deseaba á su esposo, de quien no se separó un momento, durante todo aquel peligroso viage.

Al desembarcar en Túnez, Eduardo encontró al ejército francés abatido por la pérdida de su gefe, y disminuido por las enfermedades y por las derrotas. Si bien este espectáculo hubo de afligirle, no por eso debilitó su ánimo. El valor del príncipe reanimó el de los cruzados; y aprovechando la confianza que su llegada pareció inspirarles, dispuso al momento conducirlos al combate. Acababan entonces de poner sitio los sarracenos á San Juan de Acre, y Eduardo acudió inmediatamente á la defensa de esta plaza: llega, los desafía y alcanza sucesivamente muchas victorias, que diseminaron el terror y la consternacion entre los infieles. Admirados estos del valor de Eduardo, y desesperando de vencerlo, se proponen entonces deshacerse de tan formidable enemigo por medio del asesinato; porque nada repugna al malvado, y todos los medios son buenos con tal de llegar á sus fines culpables. Cuando un enemigo bárbaro y feroz se reconoce con fuerza superior, ataca de frente, y hiere y mata sin piedad ni misericordia; mas si se siente débil, entonces en lugar de ceder ó de entrar en avenimientos con su contrario, retrocede y toma otro camino, se oculta en la sombra, espera allí á su enemigo, le sorprende, le desarma, empleando contra él la traicion, el puñal ó el veneno.

III.

Habia entonces en Palestina una especie de tribu, cuyo gefe habitaba en una montaña casi inaccesible: los suyos le conocian, por lo mismo, con el nombre de *el Viejo de la montaña*; y habia llegado á persuadirles que era el confidente del Profeta, el único depositario de sus leyes, y por último, que el único medio de ganar el cielo, era obedecerle ciegamente en todo. Además les ofrecia en ciertos dias el goce de todas las delicias mundanas que mas sus sentidos embriagaban, como una anticipacion de las dichas celestiales que les estaban prometidas. En una palabra, este príncipe ó viejo de la montaña ejercia un poder omnímodo sobre sus adeptos fanáticos, á quienes habia inspirado un odio implacable á los cristianos; y siendo poco accesibles al temor, nada podia detenerlos en el proyecto de esterminar á los que llamaban sus enemigos.

Uno de estos visionarios entusiastas formó el proyecto de asesinar á Eduardo, y para realizar tal propósito este hombre, que por una rareza de la época hablaba diversos idiomas, fingiendo distintos pretextos, pudo lograr acercarse al príncipe, y aun cautivar su confianza por medio de artificiosas apariencias de una sincera adhesion.

Un dia Leonor, poseido su ánimo de una vaga inquietud, habia procurado retener cerca de sí á su esposo, tratando de ofrecerle alguna distraccion en los alegres cantos de sus damas; pero sintiéndose Eduardo fatigado por el estremado calor del clima, tan diferente del de Inglaterra, la dejó para ir á entregarse al reposo. El alevoso infiel que estaba siempre en acecho de una ocasion favorable á sus designios, aprovechándose de ésta, penetró cautelosamente en la cámara del príncipe para herirle con su puñal. Mas despertando Eduardo á pocos instantes, sigue con la vista los pasos del estrangero, cuya intencion habia adivinado, y asiéndole de modo de poder eludir el golpe, le lleva hasta un terraplen, allí le derriba á sus piés, y arrancándole la arma fatal, la sepulta en su seno.

Desgraciadamente en la lucha salió Eduardo herido en un brazo, y como la hoja del puñal estaba embebida en un veneno activo, la herida aunque muy leve era mortal.

Acudiendo al ruido los que estaban al servicio inmediato del príncipe, le prodigaron al momento los socorros mas eficaces, pero todo vino á ser inútil! Al punto se manifestaron los síntomas mas alarmantes. . . . el ejército cruzado iba á quedarse otra vez sin gefe. . . . la consternacion era general! No dudando el mismo Eduardo del peligro inminente que corría, pero fiel hasta lo último á su noble carácter, se apresuró á dar las órdenes que creyó mas adecuadas para salvar á su ejército despues de su

muerte. Hizo su testamento, y satisfecho en algun modo de perder la vida por una causa santa, lo cual le aseguraba la eterna felicidad, se dispuso á morir con firmeza y valor.

No era posible ocultar mucho tiempo á la princesa Leonor el estado de su esposo; y cuando ella le vió casi ya moribundo, su dolor fué horrible, inmenso; pero colocada por la elevacion de su espíritu en una esfera superior á las demas mugeres, y sintiéndose poderosa con las mismas fuerzas que su amor le prestaba; despues de haber oido explicar los detalles del crimen, hizo descubrir la herida del príncipe, y á riesgo de perderse ella misma, se echó encima del cuerpo, antes que pudiera alguno oponerse á su accion, y se puso á chupar la herida para estraer de esta manera el veneno que dichosamente ella arrojaba al instante.

Los médicos respondieron entonces de la vida de Eduardo, prodigándole toda suerte de cuidados y auxilios los hombres del arte mas célebres de aquella época; él se salvó al fin, y esta dicha inesperada que el ejército atribuyera á un milagro de la Providencia, le infundió nueva confianza y mayor animosidad.

Pero Eduardo no quiso poner á prueba este valor, sino que se aprovechó del terror que su curacion habia inspirado á los infieles, para obtener las condiciones de la paz que deseaba tanto la Europa.

Leonor se sentia dichosa y envanecida por haber conservado la existencia de su esposo, y éste por lo mismo la amaba cada dia con mas ardor y ternura. Dios habia puesto el amor en el corazon de aquella noble muger, no solo para dulcificar su vida y para hacer la felicidad del príncipe, sino para que tambien fuese un dia el medio de salud para su pueblo. Por ese amor podrian los pobres cruzados volver á reunirse con sus familias; porque al conservarles á su gefe les aseguraba igualmente los goces domésticos que habian sacrificado á su noble ambicion religiosa. Sin la accion sublime de la princesa Leonor hubieran quedado abandonados en una tierra estrangera, bajo la influencia de un clima malfico, rodeados de enemigos crueles y vengativos, y á una inmensa distancia de sus hogares; hubieran muerto miserablemente, destituidos de todos los recursos y aun sin la gloria que únicamente podia en tal desgracia consolarlos y sostenerlos.

La Providencia se sirve de mil medios para llegar á sus altos fines. El sacrificio de Leonor fué demasiado importante en sus resultados para no considerarlo como un efecto de la inspiracion divina. Así Dios deposita en nuestras almas algunos sentimientos, que al modo de los granos que se arrojan en la tierra, deben desarrollarse y producir las plantas que han de dar sus frutos segun los tiempos y las necesidades de la sociedad.

HISTORIA DE TOBIAS Y DE SU HIJO.

Tobias era un hombre justo y virtuoso que vivia en el temor de Dios; invirtiendo su fortuna en hacer limosnas, y el tiempo en asistir á los enfermos: así es que todos los pobres le amaban como á un padre, y todos conocian su casa, porque de aquella puerta que les estaba siempre abierta, ninguno salia sin haber sido consolado. Queriendo Dios, sin embargo, poner á prueba su valor, le envió una gran enfermedad. Tobias llegó á perder la vista; y aunque sufriera esta desgracia con la mas humilde resignacion, lo entristeció tanto, sin embargo, que creyó un dia que su última hora se acercaba.

Llamó entonces á su hijo único, llamado como él, Tobias, y le dirigió las siguientes palabras: "Hijo mio, yo voy á morir muy pronto, y tú quedarás solo para consolar á tu pobre madre; ten cuidado de ella y no la abandones jamas. Sé siempre, ¡oh hijo mio! hombre honrado, y no des oidos á los perniciosos consejos de los malvados: ama á Dios con todo tu corazon, porque es el único medio de ser dichoso. Haciendo aqui una pausa, añadió: "Ahora es necesario hacerte saber, que hace mucho tiempo presté una suma de dinero á Gabelo, un amigo nuestro que vive muy lejos de aquí, en el pais de los Medos. Yo te ruego que vayas á cobrar esta suma, y pues que no sabes el camino, trata de encontrar un guia que pueda conducirte."

El jóven Tobias no se parecia en nada a esos niños, que aun cuando obedecen es siempre á despecho suyo y de mala gana. El menor deseo de sus padres era para él una orden que se apresuraba á ejecutar, persuadido de que ellos no podian querer otra cosa que su dicha y bienestar. Los demas padres lo ofrecian como un modelo á sus hijos; y al verle pasar, les solian decir: hé ahí un buen hijo que hará indudablemente el consuelo y la felicidad de su familia.

Tobias salió pues de la casa con el fin de obedecer á su padre, preguntándose á donde podria encontrar un compañero de viage, cuando vió venir hácia él un jóven, cuyo rostro hermoso y apacible le pareció de muy buen agüero. Acercóse Tobias al desconocido, saludándolo, trabaron juntos conversacion y se hicieron al punto conocidos. El jóven de quien hemos hablado se llamaba Azarías, y pertenecia á una ilustre familia: él sabia perfectamente el camino de la Media, y conocia á Gabelo, en cuya casa habia vivido algun tiempo. Tobias le preguntó si queria acompa-